



*La*  
PLUMA  
DORADA



SONIA  
GALDÓS

Si no puedes cambiar tus sueños,  
solo te queda cambiar el mundo.



# La pluma dorada

SONIA GALDÓS



1.ª edición: abril 2017

© Sonia Galdós Esquide, 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-5685-6

DL B 4527-2017

Impreso por QP PRINT

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Prólogo

*Madrid, junio de 1928*

Cuando Áurea atravesó el vestíbulo de viajeros de la Estación del Norte y bajó las escaleras del andén, estuvo a punto de perder el poco valor que le quedaba. El bullicio de la masa de viajeros a punto de partir le resultó abrumador. Cerró unos instantes los ojos, herida por los destellos que el sol arrancaba de los vagones del Sudexpreso. Una bocanada de vapor húmedo y sofocante la alcanzó. Y por un instante estuvo tentada de ceder a aquella sensación de debilidad.

«Lo siento, mi amor.»

El instinto le hizo aferrar el bolso con más fuerza. En él iba la carta que lo obligaría a marcharse. Trató de imaginar dónde estaría; si permanecería sentado en su compartimento, confiando en verla; si estaría inquieto, pensando que ella se retrasaba.

O si ya había comprendido que no iba a huir con él.

Porque su marido se lo había advertido: «Está en tus manos, Áurea. Lo que le suceda está en tus manos.»

A su izquierda, un mozo gritó pidiendo paso al carro de equipajes. Áurea se apartó, mirando aquel tren a punto de partir. ¿La creería? ¿Creería aquella sarta de mentiras que hablaban de remordimientos, de mala conciencia, de escrúpulos y cobardía?

Avanzó por el andén, sin perder de vista los vagones que la habrían llevado a Hendaya y luego a París. Un mecánico que tiraba de una carretilla de carbón chocó con ella sin excusarse. Áurea se tambaleó y el desánimo estuvo a punto de ganarle la partida.

Entonces, al volverse otra vez hacia el andén, lo vio. Bajaba la escalerilla del segundo coche Pullman y escudriñaba el andén con expresión inquieta.

Áurea dio un paso atrás para esconderse entre el gentío. No podía dejar que la viera, porque si la miraba a los ojos lo adivinaría todo. Y ella no quería exigirle más sacrificios. No podía. Aquel trabajo era la ilusión de su vida, y su futuro. No dejaría que lo perdiera por quedarse a su lado.

El silbido procedente del andén la hizo volver a la realidad. Se giró de espaldas. Un muchacho con un montón de periódicos bajo el brazo salía de una de las salas de espera.

—¡Chico! —lo llamó. El muchacho se detuvo y la miró, receloso—. Chico, necesito que hagas un recado. Necesito que entregues esta carta. Aquel hombre... El del sombrero gris que mira a ambos lados del andén, ¿lo ves? Necesito que se la llesves ahora mismo. Te pagaré, pero date prisa. Ve.

La promesa de dinero hizo que el muchacho dejara su carga en el suelo y saliera corriendo hacia el tren. Áurea retrocedió hasta la sala de espera. Desde allí vio el gesto de alerta, la repentina tensión de él al recibir la carta. Lo vio rasgar el sobre, inclinar la cabeza y, acto seguido, mirar de nuevo hacia el andén, hacia el vestíbulo del edificio, hacia los árboles que se adivinaban sobre el Manzanares.

Áurea ni siquiera recordaba bien qué había escrito en aquella carta. «No me atrevo a escapar, no puedo renunciar a mi trabajo...» Tal vez había recurrido a la presión social, la familia, el pecado, los escrúpulos, el qué dirán... La única verdad consciente la había escrito al final: «Te deseo que seas feliz.»

Antes de que su decisión flaqueara, se enjugó unas lágrimas incipientes y se fue. Subió de nuevo las escaleras, cruzó el patio y alcanzó el exterior de la estación justo cuando el humo gris del tren comenzaba a elevarse al cielo, tras la cúpula de una de las torres de la fachada.

Se detuvo junto a un árbol para recuperar el aliento. Había hecho lo que debía.

Pero dolía. Cómo dolía aquella renuncia.

La vista de la cola de gente junto a la marquesina del tranvía la desanimó aún más. Estaba cansada. No cansada de un día, de una jornada difícil, de una renuncia demoleadora; estaba cansada desde hacía tiempo. Pero con veintiséis años y una hija por la que luchar, no tenía derecho a rendirse. Las mujeres llevaban años luchando; ella llevaba años luchando. Y alguna vez lo conseguirían: la igualdad civil, el derecho a decidir sobre sus vidas, todas esas cosas por las que ella y muchas otras batallaban desde hacía tiempo.

Y algún día, también, el divorcio.

La campanilla del tranvía hizo que la cola de gente se agitara. Áurea se resguardó de codazos y pisotones y logró sentarse al final del coche. Un fino rastro de humo persistía suspendido hacia el oeste, donde el tren había enfilado el camino de Hendaya. Su mirada permaneció fija en aquel vapor que se resistía a disolverse en el cielo azul del temprano otoño.

Había hecho lo que debía, se repitió, enfrentando con dignidad las miradas curiosas, atraídas por las señales de golpes en su rostro. Ahora, en ese momento de su vida, no le quedaba otra salida.

Pero ahora era solo eso, ahora. Tenía una vida. E iba a luchar.

Por su hija.

Por él.

Y, sobre todo, por ella misma. Por la persona que siempre había querido llegar a ser.

«Algún día lo conseguiré», se juró cuando el tranvía se

puso en marcha con un chirrido. Se lo juró a sí misma, al humo, a los demás pasajeros, a los árboles que pasaron veloces por su lado antes de que los edificios del paseo ocultaran todo rastro de la estación.

Era un juramento. Y una esperanza.

Algún día...

## PRIMERA PARTE





*Madrid, marzo de 1916*

—¿Se puede saber dónde te has metido? Ven aquí, donde pueda verte.

Escondida tras la cortina del mirador, Áurea se sobresaltó.

—Estoy mirando la calle, tata.

—Que vengas, te digo.

Áurea dejó el periódico en el suelo, procurando no hacer ruido. Luego se puso en pie y salió de detrás de las cortinas.

—No estaba haciendo nada malo.

—A mí no me engañas con esa carita de niña buena, que te conozco. Estabas leyendo un libro, ¿verdad?

—No —contestó con rapidez, aliviada porque *El Heraldo de Madrid* no fuera un libro.

—Por las mañanas puedes hacer lo que quieras. Si prefieres dejarte los ojos en esos libros que te enseña tu padre, allá tú. Pero las tardes son para tratar de hacer de ti una señorita. ¿Dónde está tu labor?

—Ahí. —Señaló una tela abandonada en el suelo, junto a una silla.

—Pero ¿cómo la tiras así? Tráela que la vea. A ver, déjame... ¡Pero, Jesús, si no has hecho nada! ¿Cómo vas a terminar este pañuelo si no te aplicas? ¿No ibas a regalárselo a tu padre?

Áurea se encogió de hombros.

—Papá se fue hace veinte días, así que faltan dos meses para que vuelva. Tengo tiempo de sobra.

—¡Y que siempre tengas que dar una contestación! ¿Cuándo vas a aprender a no ser tan impertinente?

Áurea bajó la cabeza, fingiendo sumisión. Había escuchado tantas veces aquel reproche que no se inmutaba.

—Lo siento, tata.

—Sí, seguro —murmuró la mujer con escepticismo—. Y ahora, venga, sigue con la labor.

El aya volvió a recostarse en la butaca. En apenas unos segundos, sus ojos se habían cerrado. Con fastidio, Áurea tomó el bastidor y se sentó frente al fuego. Ni sabía ni le gustaba coser, y si su padre hubiera estado allí, habría dicho al aya que la dejara tranquila. Pero el profesor Nebreda se había marchado a Argentina para impartir unas conferencias en la Universidad de Buenos Aires, y aunque ella le había rogado durante semanas que la llevara, la había dejado en Madrid. «Es un viaje de trabajo, Áurea, no podría ocuparme de ti. Pero si todo sale como espero, es muy posible que acabemos yendo a vivir allí.»

La idea de dejar su casa para vivir en un país desconocido no le entusiasmaba, pero por su padre deseaba que todo saliera bien. Hacía año y medio que el profesor Nebreda había perdido su cátedra en el Instituto San Isidro, repesaliado por el artículo de prensa en que criticaba los motivos políticos de la destitución de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca. Perder un medio de vida que lo apasionaba le había hecho daño, pero no renunciar a sus ideas; ni la necesidad de recortar gastos en la casa, ni la intercesión de sus amigos para que las autoridades educativas lo perdonaran a cambio de una disculpa, habían conseguido que diera su brazo a torcer. De momento vivían de las traducciones y correcciones encargadas por su amigo Gerardo Ríos, hasta que pudiera regresar a la docencia; si para eso había que cruzar un océano, estaba dispuesto a hacerlo.

La posibilidad de que su padre recuperara su trabajo le provocaba sentimientos encontrados. Sabía que necesitaban el dinero tanto como el amor propio de su padre necesitaba aquella rehabilitación. Pero el despido había tenido una consecuencia positiva, y era que su padre se había ocupado en persona de su formación. Tras la marcha de su última institutriz a Inglaterra, angustiada por aquella guerra europea que acababa de enviar a su hermano pequeño al frente, el profesor Nebreda no había querido ni hablar de institutrices españolas —productos y productoras, en su opinión, de una educación beata, exigua y superficial—. Sin europeas a las que recurrir, había decidido matricularla en el Instituto Cardenal Cisneros como alumna libre y formarla él mismo en casa. Para espanto de su aya, los resultados académicos de Áurea le habían dado la razón. «Fíjate, Engracia, la mejor en aritmética, y sobresaliente en lengua, geografía y francés.» «Virgen del Socorro, y eso qué más dará —se horrorizaba ella—. No sabe ni coger una aguja, ¿cómo vamos a casarla, si solo entiende de latines y números?»

Áurea no veía extraño que aquella mujer expresara su opinión con total libertad; la había criado, la había mimado y cuidado desde pequeña, y ahora trataba de hacer de ella una señorita sin rendirse ante lo difícil de la misión. «No, Áurea, así no. Estate quieta, ponte recta, deja eso, termina ya. No seas impertinente, descarada, frívola, caprichosa.»

Solo en una ocasión se había enfadado de veras con ella. Fue cuando la primera de sus institutrices llegó a la casa. O, mejor dicho, cuando se marchó.

*Miss Claire* había sido una institutriz estupenda, tan alegre y divertida como hermosa. Durante un tiempo, Áurea fantaseó con la idea de que se convirtiera en su madre. En muchas ocasiones insinuó a su padre lo guapa que era o lo agradable que resultaba su *nanny*, pero el profesor no hizo avances en tal sentido. Áurea sabía que estaba muy ocupado con su cátedra, sus reuniones del Círculo Republicano y las tertulias con amigos y colegas, pero cuando, al cabo de dos años, *miss Claire* se despidió para casarse con

un compatriota que estudiaba en Madrid, Áurea se enfadó de verdad. Ella quería una madre. Todos los niños del parque tenían una, y si faltaba, solían tener abuelos o tíos, o algo. Áurea solo tenía a su padre; lo que estaba bien, porque lo adoraba, pero ¿qué había de malo en querer tener a alguien más?

Pero el tema de su madre era muy espinoso; el único capaz de hacer que su padre y la vieja Engracia perdieran la paciencia con ella. Cada vez que Áurea insinuaba que quería tener una madre, o se le ocurría preguntar qué le había pasado a la suya, su padre se enfadaba y la mandaba al cuarto de peor humor que si ella hubiera dicho que quería meterse a monja. Entonces el aya se la llevaba a rastras murmurando algo sobre la sangre de los Garay que Áurea nunca llegaba a entender, y que luego negaba haber murmurado.

A veces, después de uno de aquellos momentos, su padre se disculpaba; pero le rogaba que entendiera que su madre no estaba y ella tendría que conformarse con él. Al fin y al cabo, la quería por dos, por un padre y una madre, ¿acaso no le bastaba? Y en su sonrisa compungida y esperanzada naufragaban los deseos de Áurea de pedir una madre. Las institutrices, algunas mejores que otras, habían tenido que valerle.

Y ahora, ya ni eso.

Cuando la aguja traspasó la tela y se le clavó en un dedo, no lo pudo soportar más. Dejó su labor sobre el brazo de la butaca y, de puntillas, se encaminó al mirador. Estaba a punto de escabullirse tras la cortina cuando el sonido de la puerta la paralizó.

—Han llamado —explicó con aspecto culpable cuando la mirada adormilada de la anciana se posó en ella.

Doña Engracia se incorporó, tratando de espabilarse. La voz masculina que saludó a la criada impidió los reproches. Áurea respiró con alivio; con la visita de Gerardo Ríos se acababa la costura por aquel día.

Cuando su padrino apareció en la sala, Áurea lo saludó, le preguntó por su salud y se ofreció a pedirle un té, dispuesta a demostrar a su aya que las lecturas y lecciones

no le impedían ser una buena anfitriona. Pero el hombre no contestó, ni apartó la mirada de ella. Como si tratara de hallar la respuesta a una cuestión difícil en su rostro, los ojos de él recorrieron sus rasgos una y otra vez. Áurea se inquietó. Conocía bien la precaria salud del editor, que lo llevaba durante largas temporadas a los mejores balnearios y centros termales de Europa. Pero aquel día, pálido y tenso, parecía peor que de costumbre.

—¿Se encuentra bien, don Gerardo? ¿No quiere tomar asiento?

Sus preguntas parecieron sacarlo de su trance.

—No, no. Estoy bien. Necesito... —Se volvió hacia el aya—. Debo hablar con usted, doña Engracia.

—¿Qué pasa? —inquirió Áurea, sorprendida.

Gerardo Ríos volvió a mirarla.

—Un poco de té estaría bien, Áurea, ¿puedes encargarte de que lo preparen?

Su voz sonó suave y afectuosa, pero terminante. Áurea sintió que las palmas de sus manos se humedecían.

—Dígame qué pasa, don Gerardo.

—Áurea, no seas impertinente —la reconvino la anciana—. Don Gerardo quiere hablar conmigo, no contigo. Ve a encargarte del té.

—Por favor, don Gerardo —insistió la niña, ignorando al aya—. Tengo casi catorce años, soy mayor. Quiero saber qué pasa.

El hombre vaciló. Su incomodidad era tan evidente que Áurea ya no dudó de que algo grave sucedía.

—No solo eres mayor sino también fuerte, me consta. Pero no sé si es lo correcto... Había pensado que si hablaba primero con doña Engracia... Aunque es inevitable que antes o después te enteres. Pero ojalá no fuera yo quien tuviera que decírtelo.

Tiempo más tarde, Áurea se maravillaría al recordar aquel momento de cruda lucidez en que supo que su vida había cambiado para siempre. Recordaría el silencio que se hizo, como si todos en la habitación se hubieran vuelto es-

tatuas de sal. Recordaría el rayo de sol iluminando el suelo ante ella, encendiendo una franja clara ante sus zapatos de niña. Y recordaría que supo, con categórica certeza, que cuando sus oídos escucharan la verdad su niñez se habría cerrado para siempre.

Y aunque pensó en irse, en ignorarla, en taparse los oídos para impedir que el futuro la alcanzara, no fue suficientemente rápida para hacerlo.

—Lo siento mucho, Áurea —dijo Gerardo Ríos, compungido, tendiendo la mano para acariciar su cabello—. El *Príncipe de Asturias* ha naufragado.

—¿Qué tal se encuentra ella? —preguntó el abogado desde la puerta.

—Adelante, Gálvez. —Gerardo Ríos se hizo a un lado, franqueando el paso—. Asustada, supongo, y muy triste, pero trata de mostrarse entera. Es una niña valiente. Y bien, ¿ha podido hablar con alguien de la naviera?

—Del ministerio. Como nos dijeron, no son mucho más de cien los supervivientes. La búsqueda está a punto de darse por finalizada. Aunque es algo irregular, dadas las circunstancias me han permitido traer esto.

El abogado tendió a Ríos un pequeño paquete envuelto en papel de estraza. El editor se sobresaltó.

—Hablemos antes un momento.

Ambos miraron hacia las butacas con prudencia, antes de dirigirse a la biblioteca. Áurea los ignoró, irritada. Era como si todo el mundo a su alrededor se hubiera puesto de acuerdo para hablar de ella como si no estuviera. Qué tal la niña, cómo lo ha tomado, qué va a ser ahora de ella, quién se va a encargar... Varias veces había estado a punto de gritar: «Lo estoy oyendo todo, ¿os enteráis?» Pero sospechaba que solo habría conseguido que chasquearan la lengua para decirse «pobre criatura, qué desgracia».

Giró la cabeza hacia la carta que aferraba, enviada por su padre desde Cádiz, donde el *Príncipe de Asturias* había

hecho escala días antes de acabar devorado por el océano frente a las costas de Brasil. Todos esos adultos llenos de buena intención no sabían nada. No era posible que su padre se hubiera ahogado. Era él quien le había enseñado a nadar en el mar de San Juan de Luz, y Áurea lo había visto atravesar la bahía desde el espigón hasta Ciboure. Cómo iba a ahogarse. Aunque fuera cierto que el barco había chocado contra los arrecifes de Punta Pirabura, su padre se habría agarrado a algún tablón y habría aguantado, resistido, esperando que lo rescataran.

Áurea dobló de nuevo el papel, temiendo que alguna lágrima acabara por estropearlo. Cuando oyó pasos en el corredor, lo guardó en el bolsillo. No quería que la vieja Engracia comenzara a llorar de nuevo.

—Te tengo dicho que no apoyes los zapatos en la butaca. La vas a estropear.

La vio pasar ante ella arrastrando los pies. En cualquier otro momento, Áurea habría contestado algo que su aya habría calificado como insolente, y habría tenido que acallar sus reproches con un beso en la mejilla. Aquel día, Áurea sacó los pies de debajo de su cuerpo y los bajó al suelo sin protestar.

—He oído la puerta, ¿ha venido alguien? —inquirió la mujer, palpando el sofá donde hacía unos minutos había abandonado su rosario.

—El señor Gálvez.

—No sé dónde he dejado... Ya es que ni sé... Ah, aquí está. —Con la sarta de cuentas en sus manos, se acomodó en el asiento—. ¿Y qué ha dicho el abogado?

—No lo sé. Aún está con don Gerardo.

—Tendrán tantas cosas que decidir... Pobre, pobrecito Andrés —sollozó, y las cuentas tintinearón al entrechocar entre sus manos.

Áurea inspiró hondo, tratando de contener las ganas de llorar. O gritar. O tomar cualquier objeto frágil, lanzarlo contra la pared y machacar los añicos hasta reducirlos a polvo... Algo, algo que parara el torbellino que le subía del



estómago a la garganta. Por hacer algo, bajó la mirada y comenzó a rezar acompañando a la anciana. Repetir la letanía de oraciones no conseguía aliviar la incertidumbre, pero no sabía qué más hacer.

Los minutos que transcurrieron hasta que los hombres abandonaron la biblioteca le resultaron eternos. O tal vez era que después de quince días sin salir de casa había perdido la noción del tiempo. Imaginaba que cuando su padre apareciera, esos días de angustia se encogerían en la memoria, disminuidos por el alivio hasta quedar en nada; pero ahora resultaban devastadores.

Cuando los dos hombres entraron en la sala, ellas se pusieron en pie.

—Hola, Áurea —la saludó el abogado—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, don Matías. ¿Ha recibido noticias de mi padre?

Era una pregunta obligada, aunque no esperaba una respuesta afirmativa; no habrían estado una hora reunidos si Andrés Nebreda hubiera aparecido por fin.

—Áurea, mi niña —intervino Gerardo Ríos con suavidad—, me temo que las noticias que tenemos no son buenas. Siéntate, por favor. —Ella obedeció, y los hombres tomaron asiento en el sofá contiguo—. Hemos hablado con el representante de la naviera y con el agregado de la embajada. Tu padre, Andrés, no está entre los supervivientes que han llevado a Santos.

—Bueno. Estará en otra ciudad. Ha podido nadar a otro sitio, y...

—Áurea...

—O igual lo ha encontrado algún barco que iba a Estados Unidos, o a Cuba, o a... ¿A qué países pueden ir los barcos que pasan por allí, don Gerardo?

—Áurea...

—Tienen que buscarlo en esos países, puede que no recuerde...

—Áurea, no.

El tono consternado del editor molestó a la muchacha.

—Pero puede que...

—No, cariño, no. —Él adelantó la mano, pero Áurea se apartó—. Lo siento mucho. Tu padre no está entre los supervivientes. Dimos una descripción muy precisa de su aspecto, y el agregado ha confirmado que uno de los... Dios mío, no puedo ni decirlo.

Viendo que el hombre no iba a serle de mucha ayuda, el abogado se inclinó hacia delante.

—¿La reconoces, Áurea?

Ella se volvió hacia él. Tendía una pluma estilográfica como la que su padre utilizaba a diario en sus traducciones y escritos, pero envejecida.

—¿La reconoces?

El hombre le acercó la mano, invitándola a tomarla. Ella obedeció. Ni la ebonita negra ni la camisa bañada en oro brillaban como en la pluma de su padre. Parecían rugosas y mates, pero por lo demás era el mismo modelo. La hizo girar en su mano. Las mismas iniciales A. N. S. Entrelazadas de igual modo. Grabadas en el mismo lugar.

Levantó la cabeza.

—Parece la pluma de mi padre. Pero más vieja.

Se giró al escuchar el gemido de su aya. Cuando se volvió de nuevo hacia el abogado, la miraba con tal compasión que el corazón de Áurea se aceleró.

—No más vieja, solo deteriorada por el agua y la sal. Lo siento mucho, Áurea.

—¿Qué siente? —preguntó, negándose a entenderle.

—La pluma estaba en el bolsillo de la chaqueta de uno de los fallecidos.

—¿Y qué? —Hizo un esfuerzo por sacar una voz que parecía romperse en su garganta.

—Áurea, lo siento mucho.

Esta vez fue Ríos quien repitió aquellas palabras que ella no iba a comprender. Cuando de nuevo trató de tomar su mano, se apartó enojada.

—No.

—Áurea, tienes que aceptarlo, tu padre...

—¡No!

—Lo siento, pero es la verdad —zanjó el abogado sin contemplaciones—. Tú misma has reconocido su pluma. Su cadáver fue uno de los que enterraron hace una semana en Santos.

—¡No! ¡No es verdad! ¡No lo es!

El llanto que se había esforzado en contener a lo largo de aquellos días brotó con tal fuerza que sintió que se mareaba. Unos puntitos negros comenzaron a danzar ante sus ojos. Trató de conseguir aire, de inspirar una bocanada que eliminara aquella angustiada sensación. Unas manos la obligaron a inclinarse sobre las rodillas y agachar la cabeza.

Cuando recuperó la respiración, los rostros preocupados de los hombres aparecieron ante su vista.

—Lo siento mucho, Áurea, pero ahora tienes que ser fuerte. Hay tantas cosas de las que ocuparse... ¡Benita, puede dejar de buscar las sales! —gritó el abogado hacia la puerta.

Áurea sentía la cabeza a punto de estallar. El dolor que la embargaba era tal que apenas podía inspirar si no se obligaba a ello.

—¿Me has escuchado, Áurea? ¿Has llegado a comprender lo que te he dicho?

Claro que sí. Lo había escuchado y comprendido, aunque no fuera verdad. Era solo que no podía hablar, y se limitó a mover la cabeza mientras trataba de dar una boqueada que deshiciera el nudo que estrangulaba sus pulmones.

Los hombres intercambiaron una mirada compasiva. Pero cuando el editor hizo amago de levantarse, Áurea adelantó su mano.

—¿Y qué va a ser de mí?

Gerardo Ríos miró la pequeña mano aferrada a la chaqueta de su traje.

—Bien, Áurea, no sé si ahora es buen momento...

—Ya nunca habrá un buen momento, don Gerardo.

El hombre movió la cabeza con afecto. Retiró la mano que ella apoyaba en él y la tomó entre las suyas.

—A veces tienes tales cosas de adulta que no sé ni qué contestarte... En fin, si crees que puedes hablar ahora de tu futuro, hablaremos. Verás, tu padre hizo testamento, lo sé porque me lo dijo en una ocasión. En él me nombra tu tutor. Pero no me parece que un solterón de casi cincuenta años con una salud deplorable sea la mejor solución para tu futuro. Tu padre era mi amigo más entrañable, y no hay muchas cosas a las que me hubiera negado, pero que yo sea tu tutor... no es lo correcto. Gálvez y yo lo hemos hablado, y creo que lo mejor es que renuncie a la tutela, y que sea el Consejo Familiar quien elija al más adecuado para gestionar tus intereses.

Con los ojos aún húmedos, Áurea lo miró sin entender qué le estaba contando. ¿Qué consejo? ¿Qué intereses? ¿Qué tenía eso que ver con su vida?

—Pero yo seguiré viviendo con doña Engracia, ¿verdad? —preguntó, pasándose la manga del vestido por el rostro.

—No es posible, Áurea, no es familiar ni tu padre la designó —intervino el abogado con tono práctico—. Pero, por supuesto, doña Engracia recibirá una renta adecuada. Podrá vivir sin estrecheces.

Aquellas palabras la confundieron aún más.

—¿Vivir sin estrecheces?

—Sí, no debes preocuparte por ella. Doña Engracia podrá residir en una pensión, o un asilo, o lo que prefiera, y no le faltará de nada.

Los súbitos sollozos a su espalda solo aumentaron su confusión.

—Pero... ¿y yo? Si ella se va a una pensión, ¿qué haré yo?

—Vivir con tu familia, por supuesto.

—¡Mi familia! Si yo no tengo familia...

El abogado frunció el ceño.

—Me refiero a tus tíos. Los que viven en Burgos.

—Yo no tengo ningún tío.

—Tu tío Joaquín. El hermano de tu padre. Y tu tía Luisa, su mujer. —Ella negó con la cabeza y el abogado miró al editor con sorpresa—. Pero cómo, ¿es que esta niña no sabe nada de su familia?

—El señor Andrés tenía sus razones —intervino el aya entre hipidos, aumentando el estupor de Áurea.

—Pues espero que al menos ellos sí sepan de su existencia.

—Sí, claro que sí —terció el editor—. En el telegrama que envió ayer como respuesta, su tío dejó claro que se ocuparía de ella. En cuanto llegue mañana, iremos a presentarnos ante el magistrado. Esta mañana he acudido al tribunal para exponer mis motivos para la renuncia, y ha estado de acuerdo en que, habiendo familiares de segundo grado que puedan ejercer la tutela, y dado el resto de... digamos, circunstancias especiales, será lo más correcto.

Llorosa, Áurea miró a su aya, tratando de comprender qué historia era esa de una familia de la que jamás había oído hablar, esperando que la anciana recobrarla la cordura y lo negara como ella había hecho. Pero los ojos húmedos de Engracia rehuyeron los suyos, en un gesto de culpabilidad tan evidente que ya no le quedaron dudas de que lo que aquel hombre decía era cierto.

Trató de aferrarse a algo real: a la existencia de la casa, de sus muebles, de sus cosas. El abogado le aclaró que cancelarían el contrato de la casa y guardarían los muebles hasta que fuera mayor de edad. Gerardo Ríos, que se había levantado para tomar su sombrero, volvió a sentarse en el sofá.

—Vas a estar con tu familia, Áurea. Es lo más adecuado ahora.

—Pero no los conozco.

—Sí, lo sé; pero son tu familia.

—Mi familia eran mi padre y doña Engracia.

—¡Pero qué cosas tienes! No me corresponde a mí juzgar las razones de tu padre para no hablarte de ellos, pero desde luego que son tu familia, y están dispuestos a aco-

gerte. Tienes incluso una prima de tu edad. Se llama Paula. Mañana, cuando llegue tu tío Joaquín, podrás comprobar que lo que digo es cierto.

¡Una prima! La consternación la dejó sin habla. Su deseo más constante, a lo largo de su infancia, había sido tener alguien con quien jugar. A menudo se descubría en el parque envidiando las discusiones y risas de las familias que paseaban por allí. Y cuando comprendió que su pequeña familia no iba a crecer, pues no habría mejor candidata que miss Claire y su padre la había desaprovechado, comenzó a pedirle que la matriculara en un colegio.

—¿En qué colegio? —replicaba él—. Todos los colegios que conozco están llenos de beatería e ignorancia; estás mucho mejor formándote en casa.

—Pero yo quiero amigas.

—Bueno, veremos. Cuando cumplas otro año. Tal vez donde Giner de los Ríos.

Así, año tras año. Y ahora, después de tanto pedir y suplicar, parecía que su deseo infantil de tener compañeras de juego iba a cumplirse.

Al terrible precio de haber perdido a su padre.

—No me importa mi familia —dijo, enjugándose bruscamente las lágrimas—. No quiero ninguna prima si para eso tengo que abandonar a doña Engracia, ni quiero dejar mi casa, ni el instituto, ni irme a Burgos. Seguro que mi padre nos ha dejado algo de dinero. Viviremos con eso hasta que yo pueda trabajar.

—Virgen santísima, cómo vas a trabajar... —sollozó la anciana al escucharla.

—Áurea, comprendo que estás consternada —intervino el abogado—, pero no se trata de si puedes trabajar o no, un absurdo fuera de discusión; tu familia se va a ocupar de ti. Cualquier juez ante el que presentemos el caso dirá que es lo correcto.

—Pero yo no quiero irme. Dentro de tres meses termina el curso, y estoy sacando muy buenas notas. Cuando acabe voy a ir a la universidad para ser profesora como mi padre.

Si hay algo de dinero, puedo vivir con doña Engracia y seguir estudiando. En cuanto termine trataré de conseguir una plaza, y...

—Áurea, no hay más opciones —cortó el abogado, cansado de su resistencia—. Eres una niña, y las únicas personas que pueden hacerse cargo de ti son tus tíos de Burgos. Doña Engracia podrá vivir dignamente, y seguro que ellos te traerán a visitarla cuando desees. Pero, una vez que Ríos ha renunciado a tu tutela, no hay ninguna posibilidad de que te quedes en Madrid.

La afirmación cayó sobre su ánimo como un mazazo. Aún pasó un tiempo hasta que los hombres abandonaron la casa, y cuando por fin lo hicieron, Áurea se secó las lágrimas, apretó la pluma contra su pecho y se dirigió a la biblioteca en busca de la enciclopedia. Recordaba Burgos, una de las estaciones donde el tren se detenía camino de Francia. En los veranos en que había viajado a San Juan de Luz con su padre, había estirado las piernas en un andén de aquella ciudad, sin sospechar que alguna vez sería su estación definitiva.

Inclinada sobre las fotos de una catedral enorme y puntiaguda, no pudo evitar los sollozos al recordar aquellos tiempos perdidos. Ahora dejaría su casa camino de una ciudad que apenas recordaba, salvo por un cartel con su nombre en un andén bajo una pirámide de cristal. Camino de una familia cuya existencia acababa de descubrir, y de la que sabía incluso menos que de la propia ciudad.